

## Carne

### Gadú

IG: @arq.casenave

Tucumán y Reconquista; ya sabe la dirección. Es la angosta puerta azul de chapa, justo antes de llegar a la esquina. Tome esta tarjeta. Es tan solo una tarjeta negra, sin inscripción alguna, lo sé. No necesitará nada más. Muéstresela al tipo de la puerta. Siempre está ahí, parado fuera, con la cabeza rapada y traje negro. No necesita decirle nada. Él tampoco hablará. Tal vez, en más de una ocasión, oirá decir que aquel tipo no tiene lengua. No crea tales tonterías; se dicen únicamente para darle cierto aire de misterio al lugar.

Una vez le enseñe la tarjeta, él le abrirá la puerta. Esa puerta da directamente a una angosta escalera, y aquella escalera conduce a un sótano. Un resplandor ondulante que trepa por el muro será lo único que ilumine los escalones. No hay baranda a la que sujetarse, así que deberá bajar sosteniéndose de las paredes. En la punta de sus dedos, la calidez del ladrillo se sentirá reconfortante. La escalera es bastante empinada y, como le he dicho, allí no hay mucha luz. Pise con cuidado.

En cuanto baje un par de escalones tal vez tienda a dudar. No haga caso y continúe. Pronto sentirá ese aroma y verá que sus piernas, solas, bajarán aquellas escaleras sin siquiera vacilar. Ya no podrá resistirse. Ese aroma no se parece al de ninguna parrilla a la que haya ido, o al de ningún asado hecho por ningún baqueano. Aquello no se acerca ni remotamente a nada que haya olido jamás.

Una vez abajo lo sorprenderá lo reducido del lugar: una única sala de planta perfectamente circular, con paredes macizas de ladrillo —desnudas y tiznadas de hollín— que sobre usted se curvan para volverse una cúpula. Y un piso, de anchas y viejas tablas de madera, que crujen y ceden levemente con cada paso que da. No habrá más luz que la del fuego de la enorme parrilla, de boca tan

amplia como medio salón. Tras la barra, ejerce de amo y señor, como un monarca recluido en su castillo, un obeso parrillero. Y frente a la barra, recortándose contra el fulgor del fuego, distinguirá las siluetas de cuatro o cinco comensales sentados en las banquetas. Pero todo eso poco le importará ya que usted, al igual que ellos, no estará allí para hacer sociales, sino para saciar su apetito.

Allí no se sirve más que una única cosa, aquella que ha oído al entrar: carne. El más exquisito filete que en su vida probará. En una pequeña pizarra que cuelga de la pared verá anotado el precio. Que no le asuste el número; dígame al parrillero que ha llegado hasta allí por recomendación mía. Y así, el primer filete que se coma irá por mi cuenta. No, señor, no me lo agradezca. No es nada.

Póngase cómodo en una de las mullidas banquetas y disfrute del espectáculo. De los labios del parrillero se desprenderá el silbar de una alegre melodía y, al ritmo de esta, lo verá cocinar y moverse con la gracia con la que una bailarina interpreta el más extraño de los ballets. Junto a él, sobre una pequeña y desvencijada mesa de madera, lo aguarda un gran trozo de carne fresca. Y clavada a su lado resplandece la cuchilla. Con magistral sutileza, el parrillero rebanará un grueso filete. El grosor de aquel filete no podría precisarle, pero, si tuviera que adivinar, diría que es de una pulgada exacta. Un corte firme y preciso, perfectamente parejo en toda su longitud.

Sobre los hierros ardientes arrojará el filete y usted podrá oír el dulce crepitar de la carne, *de esa carne* sellándose al fuego. Pasados unos minutos, el parrillero la volteará para sellar el otro lado, dejando así los deliciosos jugos atrapados dentro. Repondrá las brasas manteniendo el calor y, un instante después, la retirará del fuego.

Una tabla circular hará las veces de plato. Con un gesto elegante, el parrillero salará la carne, para luego tomar el gran pimentero —tan alto y ancho como uno de sus brazos— y darle unas vueltas sobre el filete. Y nada más. Una carne tierna, bien asada, sazonada con sal y pimienta. Para una carne así, créame, no se necesita nada más.

Usted devorará veloz y sin pausa aquel delicioso filete. No beberá agua ni vino alguno por no querer borrar de su boca el dejo de aquel manjar. Tras el último bocado se llevará el plato a los labios y sorberá de él los jugos que han escapado. Levantará la mirada un poco avergonzado por sus modales, pero pronto advertirá que los demás comensales estarán tan absortos como usted, cada uno en su plato. Y el parrillero, el único que realmente lo estará observando, se limitará a sonreír. Usted saludará con un tímido ademán, subirá las escaleras y volverá a su casa.

A partir de aquel día regresará a ese sótano solo de vez en cuándo: en alguna ocasión especial, o a principios de mes, cuando haya cobrado y pueda permitírsele. Apenas lo vea llegar, el tipo de la puerta le abrirá y se hará a un lado para dejarlo pasar. Y, abajo, el parrillero lo recibirá con los brazos extendidos y una sonrisa fraternal.

En alguna ocasión, sentado a la barra, usted notará que sobre la desvencijada mesa de madera ya no queda más carne que cortar. Así que el parrillero abrirá una enorme puerta trampa bajo sus pies —una especie de sótano de aquel sótano— y bajará en busca de más. Del hueco en el suelo escapará un aire helado que le erizará la piel. Llamará su atención el parpadeo de un tubo fluorescente y por la mirilla del ojo tal vez usted allí los vea: desnudos, colgados cabeza abajo, balanceándose bajo la luz violeta.

Con un gran trozo de carne al hombro, el parrillero subirá las escaleras silbando aquella alegre melodía. Cerrará la puerta trampa y dejará caer la carne sobre la desvencijada mesa. Guiñándole un ojo, afilará la cuchilla y rebanará ese delicioso y jugoso filete que en un momento asará para usted. Ese delicioso y jugoso filete que, ahora, tras una mínima vacilación y un poco de culpa, usted devorará hasta el final.

De todo esto no dirá nada. Pensará que nadie, ni siquiera su familia o amigos más cercanos, lo entenderían. Y, hasta tal vez, quizás sea a usted a quien juzguen con dureza. No, no dirá nada. Aquello será su secreto. Una especie de placer culposo, solo suyo, del que nadie nunca sabrá jamás. Además... aquello, aquello fue algo de unas pocas veces. Probarlo era necesario. Pero repetirlo... repetirlo ahora que lo sabe... no sería correcto. Aún más, por el costo de aquella

carne y su —de seguro— modesto salario, no podría permitírselo. Y menos aún volvérselo un hábito. Así que seguirá con su vida sin más, sin consecuencias ni remordimientos.

Solo alguna que otra vez su firme voluntad flaqueará. Y en esas penosas ocasiones dará gracias a Dios saber lo que en aquel oscuro sótano se sirve. Ya que así, si usted desea un filete algo más grasoso, podrá pedirle al parrillero que le ase la carne de algún oficinista que tenga colgado allí abajo. O si por el contrario lo que desea es cuidar su salud o está con ganas de algo más magro, pedir la carne de algún runner, de esos que pululan en los parques de la ciudad. Le dará igual que aquello que con tanto placer saborea no sea ternera o cerdo. En definitiva, la carne es carne. Y esa gente de allá abajo ya está muerta. Darles sepultura y que se los devoren los gusanos sería un despropósito, un desperdicio, una absurda formalidad.

Aceptando de una buena vez sus apetitos humanos, decidirá que lo mejor es sincerarse consigo mismo. Y así dejarse en claro que únicamente visitará aquel sótano los fines de semana.

Romper aquel acuerdo y empezar a ir en días laborales será cosa de un par de meses. Y almorzar allí cada mediodía será inevitable poco tiempo después. Para usted, devorar esa exquisita carne no tendrá día ni horario, un domingo al mediodía tras rechazar los raviolos en casa de su madre, o un miércoles por la tarde, incapaz de aguantarse hasta la cena.

Y al fin, un lunes, a eso de las tres de la madrugada, cuando el crujir de su estómago le reclame ese jugoso filete y no lo deje dormir, se vestirá en silencio para no despertar a su mujer y saldrá de su casa sabiendo que está perdido, completamente perdido.

Aquel templo de la carne estará siempre abierto para usted. El fuego del asador no deja de arder nunca y al parrillero, su amigo, lo encontrará siempre allí, firme y risueño, dispuesto a servirle un filete. Eso... siempre y cuando tenga usted con qué pagarle, desde luego.

Ahora que le he contado todo esto, usted debe de pensar —con razón— que tal vez no sea tan buena idea bajar aquella primera vez a ese sótano. Que lo

mejor para usted sea simplemente evitarlo. Tomará los recaudos necesarios para ello, estoy seguro que así lo hará. Pero lo que no podrá evitar, sin importar cuánto lo intente, es que deambulando por el centro en busca de un café o camino a hacer algún trámite o diligencia, levante la vista para ver el cartel de la calle por la que camina y caiga en cuenta de que está en calle Reconquista. Y a pesar de haber creído que ya había olvidado aquella dirección, descubrirá con asombro que siempre estuvo allí, en su mente, agazapada en un rincón de su memoria. Por simple curiosidad —y suponiendo que todo lo que aquí le he contado no es más que una tonta historia— recorrerá Reconquista buscando aquella otra calle que no está seguro tampoco de recordar. ¿Era Mitre? ¿Perón, tal vez? Caminará dos, tres cuadras. Luego cuatro, cinco, seis... Y finalmente llegará, «Tucumán y Reconquista». Y justo antes de la esquina: la puerta azul. Delgada y de chapa como le he dicho.

Sonreirá socarronamente, divertido por haber dado con aquel sitio que creía inexistente. Verá al guardia aquel, el que no habla, el de cabeza rapada. Revisará usted su billetera y encontrará, perdida entre tantas otras, aquella tarjeta negra. Y usted qué creía haberla tirado. ¡Qué casualidad! La debe haber guardado porque esta historia le ha de haber caído en gracia. Nunca pensó en usarla y mírese nomás: mostrándosela jocosamente al guardia. Este le abrirá la puerta. Usted sonreirá como dando a entender que aquello no iba en serio. Le dirá que en realidad ahora no tiene tiempo, que estaba llevando no sé qué paquete a no sé qué lugar. El guardia lo mirará sin decir nada. Usted supondrá que tal vez sea por eso de no tener lengua, pero haberlo molestado por una tontería así y ahora no entrar... sería descortés.

Así que entrará. Bajará un par de escalones e inevitablemente lo abordará la duda. No se preocupe, ya se lo he dicho, baje tranquilo. Entre nosotros, si en algún momento se quedara sin dinero, y haya ya empeñado las joyas de su esposa, vendido el auto e hipotecado su casa; y temiese lo peor —no poder volver a saborear ese maravilloso filete—, aún puede pedirle al parrillero que le ase un trozo de usted. Sí, de usted, de usted mismo, un trozo de su propia carne. Aquel parrillero es tan amable y generoso... y para ese entonces, como cliente habitual que será, ya le habrá tomado cariño y no le cobrará nada por asarle aquello.

O mejor aún, puede pedirle que le sirva a cuenta. Sí, sí, como lo oye: un delicioso filete de alguien que tenga colgado allí abajo por cada kilo de carne que cuelga de sus huesos. Tranquilo, no tema. No es tan grave como parece. En cuanto su peso haya consumido en filetes y ya no le quede más carne que empeñar, siempre puede hacer lo que hago yo: recomendar aquel lugar a algún desprevenido transeúnte que se cruce por la calle. El parrillero siempre ve con buenos ojos el tener nuevos clientes, y esa... Esa es una buena forma de saldar su deuda.

Vaya, baje sin miedo. Siéntese en una de las banquetas y cómase un filete. Vaya, no lo retengo más. Recuerde mencionar mi nombre al parrillero, así el primer filete que se coma irá por mi cuenta. No, señor, no me lo agradezca. Al fin y al cabo, es usted el que está ayudándome a mí a saldar mi deuda. Yo... yo ya he perdido una pierna, ¿sabe? Y no quisiera tener que seguir pagando por aquel maravilloso manjar con mi carne, mi pobre y deliciosa carne.